

riendo las Indias Occidentales encontraba á los naturales despejando trozos de terreno, cortando las malezas y quemándolos en el mismo sitio... En Suecia esta operación ha persistido hasta nuestros días, dándonos así una idea de lo que la agricultura de las tribus primitivas debía ser cuando emigraron hacia Europa... En el pasado, mucha parte de Europa ha debido cultivarse por comunidades de aldea. El paso de la vida de cazador á la del pastor aparece en el extremo norte—la cuna del reno. Entre los esquimales solo se caza el reno. Pero los siberianos no solo le cazan salvaje, sino que le tienen. He ahí un ejemplo de la vida pastoril en su más rudimentaria forma; es inútil describir ampliamente el modo de existencia bien conocido de las tribus nómadas superiores, que trasportan su tienda de un lugar á otro en la estepa del Asia central ó por los desiertos de la Arabia buscando alimento para sus bueyes y carneros, camellos y caballos. Hay una diferencia considerable entre la existencia del cazador nómada y la del pastor nómada. El cazador nómada lleva una vida de pocos recursos y de pocas comodidades y, expuesto en muchas ocasiones á las necesidades del hambre, su puesto en la civilización es inferior al del cultivador sedentario del suelo. Para el nómada pastor, la caza, que es el medio de existencia del nómada primitivo, no es más que un recurso exterior. Sus rebaños le aseguran el mañana; puede cambiar ganados de valor con los habitantes de las ciudades vecinas por armas y telas. Hay herreros en su caravana y la lana la hilan y tejen las mujeres. Lo que mejor determina el lugar que ocupa en la civilización la vida pastoril superior, es el hecho de que los pastores de ganados, con su vida patriarcal, pueden pertenecer á una de las grandes religiones del mundo; así los kalmukos de las estepas son budistas, y los árabes musulmanes. Se alcanza un estado todavía superior de prosperidad y bienestar cuando las vidas agrícola y pastoril se combinan como entre nuestros antepasados, que habitaban las aldeas descritas de la vieja Europa.»—Tylor, *Anthropology*, pág. 219 y siguientes.

APÉNDICE G

JUICIO DE DARWIN

El principal objeto de este artículo (1) es mostrar que la sumisión de todos los hombres, por grandes ó pequeños que sean, á los mismos tipos del juicio social y al mismo tratamiento filosófico, resulta demostrada en el mismo hombre de genio á quien debemos el principio en que se apoyan mis observaciones:—Carlos Darwin; y es singularmente curioso, que encontremos también que la historia de este principio, el de las variaciones con el correlativo de la selección, procuran un ejemplo capital para nuestras conclusiones. Darwin fué, con la excepción de Aristóteles, quizás el hombre de juicio más sano que el espíritu humano ha aplicado á la investigación de la naturaleza. Representa de una manera singularmente adecuada, el progreso del método científico hasta su tiempo. Estaba disciplinado en toda la ciencia natural de sus predecesores. Su juicio era como un resumen de las ideas científicas de las edades, entonces más culminantes. Había llegado el momento de producirse su gran idea constructiva—por la acumulación de los datos científicos necesarios. Su juicio, pues, difería del de los sabios contemporáneos, principalmente, en que era más profundo y más seguro. Y además, Darwin era un gran pensador constructivo.

(1) De la *Pop. Sec. Monthly*, Agosto, 1896, pág. 532. Cons. cap. V, más arriba.

Tenía la potencia intelectual suficiente para dirigir el juicio de su tiempo. Lo muestra el hecho de que Darwin no fué el primero en especular en el sentido de sus grandes descubrimientos ni en proponer las fórmulas; pero en los otros las conjeturas hacían la vez de inducciones. Las fórmulas carecían de crítica. La oposición de la sociedad á adoptar las hipótesis se justificaba por la falta de pruebas, que impedía á sus autores demostrarlas. Si Darwin no hubiera aparecido, el problema del desenvolvimiento biológico no habría pasado del punto mismo en que lo dejara la especulación de los griegos. Darwin llegaba á sus conclusiones, siguiendo el camino que el otro gran genio de Inglaterra, Newton, indicaba como esencial para el descubrimiento, «la meditación paciente»; y habiendo llegado á ellas no pudo hacer otra cosa que estimarlas verdaderas y exponerlas á las gentes.

Pero el principio de las variaciones con la selección natural, fué recibido de un modo que revela que el buen juicio puede llegar por encima del nivel de su propio origen social. Sin embargo, el principio de Darwin no es más que un fermento que se desenvuelve en muchas esferas del pensamiento humano, en las cuales viene á producir la misma revolución realizada por él en las ciencias biológicas. Solo después que otros hombres con autoridad sobre el público y conocimientos suficientes para seguir el pensamiento de Darwin siguieron su juicio, fué cuando su gran fórmula comenzó á influir en los círculos científicos.

El pasaje al cual me refiero (1) del libro *Charles Darwin and the Theory of Natural Selection* (Macmillans, 1896, página 12 y siguientes) del Profesor Poulton está tan de acuerdo con mi texto, que puedo citarlo por entero:

«Es un error común suponer que las facultades intelectuales que distinguen al poeta ó al historiador difieren esencialmente de las del hombre de ciencia. La facultad de observación, aunque sea muy aguda, no realizará jamás un des-

(1) V. Sec. 111.

cubrimiento científico; porque el descubrimiento requiere el esfuerzo creador de la imaginación. El hombre de ciencia no cae sobre los hechos nuevos ó las conclusiones nuevas por accidente; él no encuentra más que lo que observa. El problema que ante él se plantea es esencialmente análogo al del historiador que trata de bosquejar un cuadro exacto y completo de una época sobre la base de recuerdos dispersos de impresiones contemporáneas más ó menos verdaderas y nunca totalmente verdaderas. La imaginación fértil es absolutamente esencial para dar aquel paso de lo menos á lo más, perfectamente conocido, que llamamos descubrimiento.

«Pero la fertilidad de la imaginación es por sí sola insuficiente para las obras superiores de la poesía, la historia ó la ciencia; porque en todos estos asuntos la crítica propia más estricta y el juicio más seguro, son necesarios para garantizar que los resultados siguen por adelantado la dirección de la verdad.»

Es, pues, probable que el secreto de la fuerza de Darwin reside en el perfecto equilibrio entre su facultad imaginativa y su observación aguda, estando siempre los esfuerzos creadores de la una sometidos á la más rigurosa crítica por el empleo de la otra. «Jamás podremos saber, he oído decir al profesor Michael Foster, las hipótesis que habrán atravesado el espíritu de Darwin, y las cuales, aunque improbables, habrán sido, sin embargo, sometidas á la prueba de la naturaleza para ser por fin rechazadas.»

La estimación en que Darwin tenía sus propias facultades, aparece con un candor y una modestia característicos en el párrafo final de su auto-biografía (*Life and Letters*, 1887, pág. 107):

«Mis éxitos como hombre de ciencia, sea cual fuere su importancia, han sido determinados, hasta donde yo puedo juzgar, por complejas y diversas condiciones y cualidades mentales. Las más importantes han sido—el amor á la ciencia—una paciencia contenida en la reflexión sobre cada asunto—habilidad para observar y reunir los hechos—y do-

tes especiales de invención á la vez que de buen sentido. Con cualidades tan modestas como las que yo poseo, es en verdad sorprendente que yo haya influido de un modo tan considerable en los hombres científicos sobre algunos puntos importantes.»

APÉNDICE H

I. Comentario del profesor Royce sobre la teoría social de Hegel (cons. Sec. 332):

«Las relaciones de «maestro y esclavo» están expresamente presentadas, hasta en *la Phänomenologie*, como constituyendo tan solo un estado primitivo y muy corto en la génesis de la conciencia social. Volviendo sobre este punto, Hegel, en su *Enciclopedia*, ha explicado en algunas de sus notas (presentadas como *Zusätze* en sus *Werke*) que era cosa bárbara, no pudiendo atribuirse á la conciencia civilizada, donde la *Anerkennung*, que es en todo caso la esencia de la conciencia propia individual, no está fundada sobre el dominio, sino sobre la dignidad de la función social. La génesis de esta especie superior de conciencia se refiere por Hegel, en todas sus obras, á la familia, al Estado y, sobre todo, á esos principios particulares de correlación entre la conciencia propia en vía de progreso y los medios sociales sobre los cuales ahora insistimos. Hegel no se interesó demasiado por la psicología individual, pero, sin embargo, ha analizado los motivos de las instituciones y de los procesos sociales con un espíritu en general tan genético y tan psicológico como los tiempos se lo permitían. El lazo familiar, la relación del yo y sus críticos, la del ciudadano libre con los demás hombres libres, he ahí lo fundamental y fecundo en Hegel. Lo que yo echo de menos en él es un reconocimiento expreso del factor imitativo como tal. La teoría genética de Hegel supone